Extiendo mis miedos en el suelo y me alejo para buscar la mejor perspectiva, el mejor ángulo. Saco los recuerdos de los monstruos que aún hoy acechan y amenazan con correr las cortinas o asomar su cabeza debajo de la cama. Convoco a los ausentes. Nada más propicio que esta cuarentena para hacer una fiesta con invitados impalpables. Tenemos el tiempo y la disposición.

Los invisibles entran a través de una puerta que permanece sellada. Los místicos pasan primero. Traigo los atavismos del bautismo y una culpa hereditaria que se cosecha como el arroz salvaje. No soy religiosa. Todo lo contrario, busco un cántaro de luz donde depositar mi irreductible fe, pero ¿por dónde anda Dios en estos días? Busco los símbolos y las metáforas de este paréntesis inédito en que se ha convertido la pandemia.

Carlos Castaneda escribió Viaje a Ixtlán, si no estoy mal, es en ese libro, donde se cuenta la historia del Hombre Feo: Un padre cansado del mal comportamiento de su hijo adolescente consulta al chamán, quien para un eficaz disciplinamiento le encarga conseguir al hombre más feo de su pueblo; este deberá golpear e insultar con descaro al hijo insurrecto mientras él –su padre– debe permanecer escondido en algún lugar. Después del episodio desagradable, el padre debe ir a su encuentro, abrazarlo y calmarlo. Lo llevará enseguida a un lugar donde repose el cadáver de un hombre joven. El adolescente deberá tocar una parte del cuerpo, menos el abdomen. Cuando esto suceda, el joven nunca volverá a ser el mismo.

Este es el momento del hombre feo. La época escogida para cambiar de conductas. ¿Soy el hijo amotinado? ¿Soy el padre desesperado? ¿O soy el cadáver?

Ahora el aire se congela con la presencia del escéptico que se sienta a mi lado con la transparencia de la burla abierta como la boca del Guasón. El sarcasmo como síntoma colectivo del miedo al eterno ridículo. Para él no son creíbles la alineación de los países, el desbordamiento de la banalidad ligada a la riqueza, la doctrina de la acidez de la sangre y mucho menos el derecho al silencio frente a la vociferación del inventario de muertos que reposan en los medios de comunicación. Decido ignorarlo. Me asquea la soberbia envuelta en la forma de conocimiento. Le digo que no hay espacio en mi mesa

Avanzo con mi reunión de cristalinas presencias. El oráculo habla del hexagrama 62 Hsiao Kuo, la preponderancia de lo pequeño, llegó la estación en la que los excesos pasan su cuenta de cobro. La imagen es la del trueno sobre una montaña. El envilecimiento de los fatuos deseos o como diría John Better, pertenecer a “los del momento”. Las personalidades se convierten en cómodas vacías. El ‘éxito’ es de por sí una idea corrupta. ¿El dictamen? Acoplarse a las exigencias de estos tiempos y ser uno con quienes viven en las carencias y los despojos.

Los pájaros no volarán más alto que el sol.

Los símbolos se multiplican mientras converso con el fantasma del silencio. Una mordaza es parte de la indumentaria. El adentro es el lugar seguro, el infinitum es el lavatorio de manos que justifica las pequeñas libertades. La poesía entre los bardos se asemeja a la ciencia ficción.

No dejo de pensar en ese diálogo que soporta la cuaresma y desemboca en la resurrección –coincide con el anuncio de esta pandemia que congeló los abrazos–. En el desierto Jesús es tentado por el Diablo en su propia cuarentena. Pero… ¿y si el desierto no es un lugar o si es la geografía de la soledad de Dios?

El demonio propone placeres inmortales, Jesús los rechaza con dos argumentos básicos: Resistencia al alimento que no proviene del espíritu, y renuncia a todas las formas de poder.

Abril 9. 2020. Barranquilla

Para Alberto Ulloa, el verdadero contemporáneo del porvenir.

Es hospital la vida. Oscar Milosz

Este artículo obedece a la opinión del columnista. EL ISLEÑO no responde por los puntos de vista que allí se expresen.